

29/6/56

Yoveraqué, Realidad y Símbolo

por Sebastián Salazar Bondy

Las obras literarias pueden ser objeto de múltiples interpretaciones por parte de sus exégetas y comentaristas. Así, una novela de fondo y forma realistas, escrita con el propósito de revelar un aspecto cruento de la vida social de un pueblo, es susceptible de ser considerada simbólica o alegórica. A fuer de representativo, un personaje llega a ser la síntesis de cierto drama humano y, tal vez, el drama mismo. José Celestino Yoveraqué, eje de la última narración de Francisco Vegas Seminario, tiende a convertirse en la encarnación del campesino despojado y, más intensamente aún, de la víctima popular de los abusos de la autoridad y los grandes propietarios agrícolas. Ese anciano enteco, triste, mortecino, que acude a la torpe justicia provinciana para defender su secular heredad, condensa las esperanzas mil veces frustradas del débil indígena que se enfrenta a las fuerzas del feudo voraz, y se torna, por ello, en la significativa figura de una resistencia todavía afortunadamente invicta.

Para obtener este resultado, el autor de "Taita Yoveraqué" no ha necesitado de ningún artificio excepcional. El relato es uniforme tanto en su contenido cuanto en su expresión. No ha intentado Vegas Seminario ser poeta, apóstol o vociferador, ni se ha ceñido, para conseguir un fruto tan natural —páginas surgidas en verdad, como de la boca de un testigo presencial—, a un programa literario nutrido por ideas preceptivas o intelectuales previamente acatadas. Al lector que gusta de la novela inocua, cuyas complicaciones técnicas se relacionan íntimamente con la índole del asunto, casi siempre colmado de fantasía psicológica o metafísica, este libro no ha de sorprenderlo mayormente. El está destinado —es evidente— a crear, por medio de la literatura, una consciencia sobre determinados hechos vivos y patéticos, que nadie debiera por supuesto ignorar. Hay un naturalismo necesario: es el que nos procura, antes de cualquier lucubración de la inteligencia, la documentación real e irrefutable sobre los principales conflictos humanos. A ese naturalismo está adscrito Vegas Seminario.

La novela racional debe pasar por esta etapa verista. No podrá arribar, de otro modo, a los periodos en que indaga más hondamente por el espíritu, pues primero es indispensable fracturar la superficie social, la costra visible e inmediata de la realidad debajo de la cual se esconden las motivaciones esenciales de los sucesos que afectan a cada comunidad. La labor de los escritores que hacen conocer la vida, volcándola a los ojos de los lectores en su inicial presencia, es semejante a la de los pioneros de una tierra nueva: no se detienen en detalles y particularidades, sino que establecen su imperio ahí donde antes sólo existía el silencio y la soledad. Ingresar al universo entraña, antes que nada, la verificación de lo que él contiene, sin interrogaciones sobre el origen individual, histórico o filosófico de los fenómenos que manifiesta. Se trata, en pocas palabras de una fundación.

Quiero decir que Vegas Seminario ha fundado literariamente a José Celestino Yoveraqué, el indio de Catacaos cuya chacra devora un ambicioso algodonero. Este lleva a cabo el crimen con la complicidad de su mayordomo, inescrupuloso servidor que une a su actitud genuflexa ante el dueño del dinero, la más insensible desconsideración por los antiguos derechos del campesino sin títulos legales sobre sus bienes ni fuerza para hacer respetar el legado de sus antepasados. Yoveraqué circula por las páginas de esta novela como un frágil resto del pasado, como la astilla de un naufragio, a la cual las olas de unos terribles tiempos van a hacer desaparecer. En tan insignificante personaje se dan las cualidades que todos sabemos propias de aquella raza de nobleza inmemorial. Es sumiso, es dulce, es generoso, y posee un concepto fatalista de la existencia, que constituye, en su meollo, el resplandor de un viejo orgullo. Su rebeldía es hermética, su ira reconcentrada, su desdicha sorda, su esperanza sin estridencias ni arrestos violentos. El tinterillo, el gamonal, el juez, los gendarmes, la sociedad íntegra, lo cercan para dejarlo en la miseria. La muerte acaba con su lucha, y aunque queden otros —el hijo bandolero, que recurre a la venganza sangrienta, o el nieto estudiante, que cree cándidamente en la eficacia de los procedimientos jurídicos—, los Yoveraqués enraizados en la gleba, los Yoveraqués cuya sangre es parte de la historia, los Yoveraqués en quienes sobrevive la potencia moral de los hombres del más remoto ayer, habrán desaparecido. Formarán parte, entonces, de las masas mendicantes, de las peonadas desamparadas, de las multitudes fabriles, de los anémicos racimos burocráticos.

Me interesa el personaje central de "Taita Yoveraqué" precisamente como héroe. Desde la primera página de la novela sabemos que ha enfrentado a un enemigo superior a él, y sin embargo no se nos oculta que su condición de combatiente sólo cederá en el último estertor. El carácter de este indio es complicado: el propio autor no lo precisa bien. Sus soliloquios quedan inconclusos, sus proyectos son vagos, sus ideas se muestran truncas, a diferencia del temperamento cortado a pique, en bloque, de sus enemigos. El contraste —que bien puede atribuirse a defecto de concepción— queda, al final, como elemento positivo, pues Vegas Seminario —lo hemos anotado en otra ocasión— procede, a la manera de Pérez Galdós, por trazos gruesos, por relampagueos de un solo tono, por visiones de conjunto, sin introducirse demasiado en los recovecos de las almas. Recuerdo una novela de Jorge Amado, titulada "Mieses rojas", que, durante la lectura de "Taita Yoveraqué", he evocado frecuentemente. En ella, también, un hombre de América, y en torno a él su familia, sucumben al rigor de un sistema brutal que les arrebató tierra y libertad. Emanan, del conocimiento de esta injusticia, la convicción de que tales mártires son el símbolo de un imperdonable atropello que algún día habrá que vengar.